

De San Lorenzo de Aburrá a la Ciudad Industrial de Colombia

Por José Mejía y Mejía

San Bartolomé de los Alcázares. — El 24 de agosto de 1541, Jerónimo Luis Tejelo y una columna expedicionaria de veinte infantes descubrieron el Valle de Aburrá por comisión especial del mariscal Jorge Robledo. Esta fecha está consagrada en el calendario cristiano al Apóstol San Bartolomé, uno de los primeros discípulos de Cristo, y en honor del Mártir y del Alcázar de Toledo, los conquistadores dieron el nombre de San Bartolomé de los Alcázares al territorio explorado. Tejelo encontró resistencia entre los indios yamesies, quienes a la postre abandonaron sus posiciones de combate, empavorecidos con las armas de los españoles, sus cabalgaduras, sus indumentos y aún sus propias barbas. Según algunos documentos autorizados, muchos de los indígenas “corrieron a colgarse de las ramas de los árboles con sus mantas de vara y media de largo y por una de ancho; porque debe saberse que los habitantes del Valle de Aburrá, así llamado por ellos, conocían el arte de tejer y la necesidad del vestido”. Aunque se ha dicho que los conquistadores sólo encontraron por nuestros riscos una serie de tribus indígenas numéricamente escasas y en completa decadencia, también es justo advertir que muchas de ellas no ignoraban un rudimentario arte fabril, pues vestían túnicas de algodón, sin mangas, y como anticipados exponentes de la industria minera antioqueña, fabricaban ídolos y atavíos para hombres y mujeres con el oro extraídos de ricos aluviones. Se narra que el cacique Nutibara recorría sus dominios sobre ostentosas andas guarnecidas de oro, que cargaban sus servidumbres.

El Conquistador Don Gaspar de Rodas. — Por varios lustros permanecieron las tierras descubiertas únicamente pobladas por sus antiguos moradores indígenas, sin la presencia beligerante de los conquistadores, hasta que el 5 de enero de 1574, Don Gaspar de Rodas, quien tuvo en San Bartolomé de los Alcázares su encomienda de indios, dirige una solicitud al Cabildo de Antioquia para que le concedan “más

o menos cuatro leguas de tierra para fundar hatos de ganados e estancias de comida: la cual merced suplico se me haga desde los asientos viejos del Aburrá para abajo... e que corte a la otra del Valle hasta los altos de la Cordillera". Don Jerónimo de Silva, Gobernador de la Provincia de Popayán, autorizó al Cabildo de Antioquia para acceder a lo pedido por Don Gaspar de Rodas, pero se limitó la concesión a "tres leguas de extensión, cada una de a tres mil pasos de a cinco pies, y cada pie de a quince dedos", comprendidos entre el límite meridional de las ruinas del antiguo pueblo de los indios aburráes, tres cuartos de legua al sur del morro que llevó el nombre de Marcela de la Parra, posteriormente apellidado de los Cadavides y en la actualidad el cerro Nutibara. Lo que hoy se llama "Guayabal" estuvo indiscutiblemente poblado por los aburráes y Don Gaspar de Rodas fue el primer dueño de un título de propiedad en este valle, en el que vislumbró con ojo sagaz un inmenso porvenir, pues lo eligió de manera preferente, después de haber escrutado casi todo el territorio antioqueño.

San Lorenzo de Aburrá. — Don Francisco Herrera Campuzano, del Consejo del Rey Nuestro Señor, Oidor de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada y Visitador General de esta Provincia de Antioquia, ordenó la fundación de San Lorenzo de Aburrá (donde hoy se encuentra El Poblado), a dos (2) días del mes de marzo de 1616, en cumplimiento de una real cédula sobre reducción de los indios y creación de un pueblo. La diligencia se desarrolló en el hato de Bartolomé Suárez de Alarcón, ya difunto, yerno de Don Gaspar de Rodas, quien había contraído nupcias con Doña María de Rodas Carvajal. Dicho hato había sido un legado de matrimonio.

Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Aná. — Por Auto dictado el 20 de marzo de 1671, el gobernador Francisco Montoya y Salazar ordenó la fundación de Nuestra Señora de la Candelaria de Aná, hecho que provocó la oposición de las autoridades de la ciudad de Antioquia, arguyendo según los historiógrafos, entre otras cosas, que "los habitantes del valle eran descendientes de indios y negros y su lugar un hato propio para criar ganados solamente, y también se carecía de materiales y maderas para edificar casas".

Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín. — Don Miguel de Aguinaga y Mendigoitia, sucedió al gobernador Montoya y Salazar, muerto el 28 de marzo de 1675, sin haber alcanzado a conocer la Real Cédula de la gobernadora Doña María de Austria, fechada el 22 de noviembre de 1674, en la cual se otorgaba el permiso para confirmar la fundación de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, en el mismo sitio en donde había sido erigida la Villa de la Candelaria de Aná. Don Miguel de Aguinaga tuvo el privilegio de abrir el sobre que contenía la Real Cédula de la fundación de la Villa de Medellín, nombre éste originado en Metello, fundador de Medellín de Extremadura, habiéndose querido honrar igualmente a don Pedro Portocarrero y Luna, Conde de Medellín y Presidente del Consejo de Indias, de quien se dice que tuvo esmerado celo por el desarrollo de la naciente villa.

Ciudad de Medellín. — El 21 de agosto de 1813, el dictador don Juan del Corral le confirió a la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín el título de ciudad. Dice el doctor Julio César García en sus eruditos apuntes sobre la fundación de algunas capitales de los departamentos que “en las épocas de la Patria Boba, del terror y primeros años de la república, los gobernadores de Antioquia ejercían casi permanentemente en Medellín. El 17 de abril de 1826 se trasladó definitivamente la capital a esta ciudad”.

Medellín en el Siglo XIX. — Un censo de 1870 contabilizó en Medellín 29.765 habitantes, lo que indica un lento y perezoso crecimiento demográfico, no obstante que en esta fecha la ciudad agrupaba las fracciones de Prado, San Cristóbal, Belén, El Poblado, La América —llamada en ese entonces “La Granja”—, La Aldea (hoy Palmitas), Hato Viejo (hoy Bello) y Aná (hoy Robledo).

El área urbana era bien reducida en la fecha citada y el trazado de las calles se hacía en forma empírica y caprichosa, con la ciencia urbanística de los “teguas” de la agrimensura. Don Lisandro Ochoa, un cronista objetivo y minucioso del Medellín antiguo, dice “que las calles de la Villa de la Candelaria se trazaban respetando las sinuosidades de un vallado o de un cerco de piñuela, igual que los desniveles del terreno. Como el agrimensor y el teodolito eran desconocidos, las medidas se hacían a cabuya pisada, sin tener en cuenta las pendientes. Había la leyenda de que nuestros antepasados preferían desviar el trazado de una calle por respetar la vida de un árbol. La calle de Boyacá, en el cruce con Tenerife, fue desviada por no sacrificar un aguacate que había en una esquina, y la calle de Maracaibo también fue desviada por no hacer lo mismo con un corpulento mango”. El fiel cronista nos narra igualmente que en 1874, había en Medellín seis templos y tres colegios para la educación de la juventud masculina, incluyendo el Seminario, dos colegios privados para la formación de la juventud femenina, dos escuelas públicas para los niños de ambos sexos, dos escuelas normales y dos escuelas privadas para niños. Todo el esplendor urbano se cifraba en cincuenta y dos casas de dos pisos, una de tres pisos, tres fábricas de cerveza, un teatro, un asilo para orates y un hospital de caridad.

Se nombra en muchas reminiscencias del Medellín del siglo XIX a don Modesto Molina como el primer urbanizador moderno de la capital de Antioquia. En 1874, el señor Molina abrió una venta de lotes urbanos en el paraje de “Buenos Aires”, donde poseía una vasta superficie de terrenos. Hubo mucho auge en la construcción de nuevas residencias, aunque sus propietarios no se ciñeron a ningún plan urbanístico y edificaron anárquicamente, a su antojo y voluntad. También el posterior crecimiento de la ciudad se realizó sin mucho concierto ni disciplina, sin orden, planos o planes técnicamente calculados. Tomás Carrasquilla destaca el hecho en este enfoque exacto de su prosa insuperable: “Lo que es esta ciudad, erigida por don Miguel de Aguinaga, la fueron farfullando, no a ojo de buen cubero, sino a la buena de Dios, por no decir a la diabla. Ni lo adecuado de la localidad, ni la alegría de su valle, ni la muralla azul de sus serranías, fueron

poderosas a que estos fundadores, amigos de monasterios y santuarios, pusiesen alguna formalidad en el trazado o en el desarrollo de su villa, ennoblecida con todo y escudo y consagrada a María, en la más hebráica de sus advocaciones. Estos recintos cerrados por casas que llaman manzanas, y que suponen cien varas en cuadro, son aquí muy irregulares en sí mismos y harto desiguales entre sí por forma y por medida. Pocas tienen sus ángulos rectos y contadas las de lados iguales. Con frecuencia se pierde la recta en las demarcaciones murales, ya en línea quebrada, ya en línea ondulada, ya hacia adentro, ya hacia afuera de la calle. Hay manzanas en trapecios, en trapezoides y hasta en rombos; las hay combinadas, en rectas y curvas; las hay en formas al acaso; de las calles... ¡no se diga! Unas son culebras, otras garabatos, y algunas, mismamente esas centellas que pintan en los calvarios". ¿También no hay belleza en esta diversidad o nihilismo geométrico? ¿No se ha escrito que la simetría es el refugio de la armonía fracasada?

Siglo XX: caídas de agua y ascenso industrial. — Suelen darse múltiples versiones a los orígenes de las actividades industriales del pueblo antioqueño y a los primeros empeños fabriles de los habitantes de Medellín, en los albores de este siglo. Pero resulta controvertible la sugestión o tesis de que la industria nació como consecuencia de la hostilidad de nuestro suelo, para el incremento de grandes empresas agrícolas y ganaderas. Más aceptable sería pensar en la existencia de una augural clase económica dirigente y emprendedora, que con larga y penetrante visión adivinó el próspero futuro industrial de este Valle espléndido.

Esa inicial clase rectora de nuestra pujanza industrial congregaba en sus selectas filas a hombres de negocios videntes y perspicaces, que habían conocido en latitudes extranjeras los prodigios del crecimiento económico de otros pueblos a través de la máquina. Como había un indefectible progreso comercial, pues Medellín era un mercado céntrico de una amplísima zona geográfica, los hombres de negocios buscaron dilatar su horizonte creador y las limitadas fronteras de su iniciativa particular. Se enjuicia muchas veces ligeramente al antioqueño como apasionado argonauta en pos de toda clase de vellocinos de oro, y hasta se ha escrito que el dinero es la única obsesión de esta raza, su exclusiva medida o patrón para valorar el rango y calidad de las personas. Sin embargo, en Medellín las fábricas de la cultura universitaria y los textos docentes precedieron a las fábricas textiles, y en la actualidad la capital de Antioquia lleva un ritmo de elevación educativa, en todos los órdenes, no inferior al superior desenvolvimiento de sus industrias.

Restrepos, Echavarrías y Medinas, entre otros, son apellidos de vanguardia en la génesis de la industria textil colombiana, y a través de empresas aún elementales que fundaron con brío, decisión y gran atisbo futurista —Fábrica de Hilados de Bello, Compañía Colombiana de Tejidos (Coltejer) y Rosellón—, nuestro departamento emprendió así la extraordinaria revolución de su economía privada. De esta manera, Antioquia hizo el tránsito arrojado del tranquilo mundo pastoril, si se quiere cándido y un poco molondro, al estridente ámbito de

la máquina humana ¿No decía hermosamente Mauricio Barrés que las cabellares de humo de las primeras chimeneas fabriles parecían cabelleras destrenzadas que lloraran al viento la pérdida del sentido romántico de la vida? ¿No es acaso heroica la trama o arduo el lento y ascensional proceso que media entre los primeros diez o veinte obreros inexpertos —en la aurora del siglo—, y los calificados y clasificados ejércitos de trabajadores que en la actualidad consagran su ejemplar tesón al incontenible avance de las industrias antioqueñas?

No podríamos olvidar las caídas de agua como protagonistas de primera fuerza en la germinación de la industria, desde el siglo último. Pero los primeros tejedores antioqueños supieron calcular su valor y potencia para producir energía eléctrica, acelerando de este modo los fenómenos de la producción. Fernando Gómez Martínez se atreve a pensar, con mucho fundamento, que la aparición de las primeras fábricas entre nosotros estimularon la industria eléctrica, pues Medellín, en un principio, sólo producía energía para llenar modesta y mediocrementemente las exigencias del alumbrado urbano. Posteriormente el fenómeno fue inverso, o sea que las grandes centrales en construcción alentaron el ensanche industrial y la aparición de nuevas industrias.

¿En qué consistió, efectivamente, nuestra revolución industrial? Como todas o casi todas las revoluciones industriales en materias fabriles, —así ocurrió en Inglaterra, así aconteció en EE. UU. de América—, la producción manual se transformó al trasladarse de la casa-taller a la fábrica. Un actor histórico de esta transformación decía sagazmente que la revolución industrial no era otra cosa que el tránsito de la fuerza de madre e hija, a la fuerza del agua y del vapor. En el incipiente Medellín industrial de 1910 no faltaron las hiladoras de Hargreaves ni los telares de Cartwright, aquellos primitivos y sencillos instrumentos con los que Inglaterra inauguró en el mundo la revolución industrial!

Medellín, ciudad universitaria. — Se nombra y afama a Medellín como gran meridiano industrial, pero son muy escasas las informaciones que se divulgan en el país sobre el desarrollo y auge de su moderna cultura universitaria, para dar respuesta a las exigencias de la época nueva, de sus complejos imperativos en múltiples esferas profesionales. El mismo ritmo acelerado del crecimiento urbano y demográfico de la ciudad impone una ampliación de los clásicos moldes de la formación universitaria, en otros tiempos limitada a las profesiones de médico, ingeniero civil y abogado. La Universidad de Antioquia, la Universidad Pontificia Bolivariana y la Universidad de Medellín son hoy nutridas ciudadelas del saber y la cultura, a cuyos ilustres claustros concurren estudiantes de todas las regiones y comarcas del país, y aún del extranjero. Las disciplinas sociales y económicas y los estudios humanísticos apasionan a las nuevas gentes de sus aulas, y cada día son más abiertas y permeables las inteligencias jóvenes para asimilar los grandes fenómenos universales de la presente hora. Aunque los medios universitarios del país continúan siendo fábricas en grande de abogados y médicos, el Medellín universitario de hoy produce equipos idóneos de ingenieros eléctricos, ingenieros mecánicos, ingenieros quí-

micos, de arquitectos, de urbanistas y decoradores, expertos en administración industrial, agrónomos y geólogos, toda una matizada clase nueva profesional que se forja en armonía con el progreso de la ciudad y con las demandas científicas y técnicas de su madurez industrial.

La Universidad de Antioquia es, naturalmente, el claustro añoso y venerable de nuestro pueblo, en cuyas ilustres aulas se formaron las viejas élites profesionales y los más esclarecidos exponentes de la clase dirigente regional y nacional. La Escuela Nacional de Minas, ahora dependencia de la Universidad Nacional, se encuentra igualmente incorporada a la brillante historia de la educación superior en nuestro departamento, y desde su fundación ha sido semillero de nobles promociones constructivas que han honrado a Colombia con su ciencia, probidad y servicio a los intereses comunes. La Universidad Pontificia Bolivariana llegó ya a sus bodas de plata de fundación con anchos merecimientos en el panorama universitario nacional, y cada día ensancha más las modalidades de su docencia especializada y profesional. La Universidad de Medellín, con breves años de existencia meritísima, acrecienta con resultados visibles las ejecutorias culturales de la capital de Antioquia. El Colegio Mayor Femenino es un elevado claustro para la educación y plasmación moral de la mujer antioqueña, regido con probada eficiencia pedagógica y suma responsabilidad. Medellín también tiene alma y ha sabido conjugar armónicamente el brazo hercúleo del progreso físico con la fuerza alada del espíritu.

Poesía y verdad en el Valle de Aburrá. — La literatura diti-rámica, nacional y forastera, ha sido pródiga en alabanzas para ponderar las maravillas geográficas del Valle de Aburrá, las caricias de su clima, el primor de su flora y el transparente ámbito de luz que baña a Medellín. Desde los primeros descubridores hasta los turistas transeuntes de hoy, es fama universal la serena voluptuosidad de nuestra atmósfera física, su casi permanente tibieza, que permite al hombre conservar en todo momento un seguro equilibrio en la cabeza y en la sangre. Quizás por ello, en la capital de Antioquia se han celebrado altas deliberaciones en algunos momentos críticos de la vida nacional, para presentarle al país un camino o fórmula que despeje su destino histórico.

En una bella página de Jaime Barrera Parra se exalta el milagro estético de este Valle con estos vocablos generosos: "Medellín es una ciudad cromática. Es un gran naufragio de luz, de vidrio y gelatina. Todos los colores asumen una responsabilidad absoluta. El verde de los árboles es levemente declamatorio. El agua es azul y demagógica. Todo el valle consentido y pascual, tiene la fragancia del agua". Tomás Carrasquilla pensó alguna vez que con los hechizos de nuestra naturaleza, tal vez podríamos resolver hasta los habituales conflictos humanos, la pertinaz lucha del hombre contra el hombre. En estas breves líneas descubre el gran costumbrista la terapéutica del paisaje: "Bien pueden tus habitantes, éstos que hinchen el ámbito de tu recinto urbano, irritarse los unos con los otros; bien pueden dedicarse mutuamente los peores de sus ceños, maldecir una mitad de la otra, como es de rigor en toda humana montonera; pero si alguno de estos fastidiados detiene la mirada en el medio físico en que se agita, tendrá de

serenarse, como el niño añorante a la vuelta de su madre. Tus gentes, Medellín hermosa, no necesitan unas de otras para aliviar sus tedios y pesares: con tu naturaleza les basta”.

Todo esto es cierto por lo que respecta al sortilegio del paisaje geográfico y al primor de sus contornos. Pero para otros ojos menos líricos, el panorama urbano presenta aspectos diferentes, porque el urbanista tiene enfoques crudos y drásticos, y para él valen más los planeamientos geométricos que las fruiciones literarias del artista embelesado con los encantos de una calle mal trazada, una residencia vetusta o un arcaico suburbio. Como lo anotamos atrás, en el siglo pasado y en las primeras décadas de esta centuria, el crecimiento urbanístico de Medellín fue anárquico y desconcertado, sin ninguna planeación técnica. Según los admirables estudios realizados por el doctor Leonardo Uribe Uribe, decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Pontificia Bolivariana y eminente ingeniero urbanista, con el nacimiento de la industria en 1905 se inicia sobre Medellín la afluencia creciente de la clase campesina, provocando así la súbita fundación de barrios insalubres, casi todos sembrados de viviendas miserables. En un principio, el desarrollo urbanístico de la ciudad se orientó en dirección norte, para luego virar al oeste, hacia la América, Belén y el Barrio Antioquia, aunque mediante urbanizaciones desplanificadas, hechas únicamente con ánimo de especulación de la tierra, a bajos precios. Al abrirse la vía troncal que nos vincula al Pacífico, la ciudad empezó a extenderse hacia el sur, por donde hoy día acelera su ritmo de crecimiento. Pero apunta el profesor Uribe Uribe, con no pocas razones, que en los últimos años ha invadido a la ciudad cierto caos urbanístico, porque no hay relación ninguna entre vivienda, industria, vías de comunicación, zonas recreativas y escuelas, presentándose serios problemas de circulación, mala explotación del suelo y urbanizaciones inconexas.

De la bohemia literaria a la cultura universitaria. — No existen quizás hoy en Medellín los bohemios cenáculos literarios de los tiempos viejos, en que se agrupaban los más altos valores de la creación intelectual en distintos campos. También debemos afirmar que no circulan ahora en nuestro medio publicaciones estrictamente literarias de gran nombre y prestigio, como las que editaron las generaciones letradas de antiguas épocas, con medios económicos precarios y nullos recursos tipográficos. Sin embargo, las tres universidades poseen sus autorizados órganos de expresión, con fama y crédito en meridianos universitarios extranjeros. Son revistas que recogen una exigente y selectísima colaboración científica en plurales ramas del saber y la cultura, y traducen para los lectores doctos los frutos maduros de la investigación filosófica, sociológica, económica, artística o estética de los nobles claustrós que representan.

Aunque sería necio suponer o sugerir que en el Medellín actual hay una notoria decadencia en el cultivo de las letras y de las bellas artes, se advierte sí una mayor pasión de las gentes mozas universitarias por las disciplinas sociales y económicas, por el conocimiento íntimo de la filosofía política. Lo que no arguye en ellas —y en otras promociones autodidactas—, el culto a la belleza y la devoción por los

fenómenos literarios y estéticos del mundo moderno. En el Medellín presente surgen tan excelentes economistas y gerentes industriales, como poetas, novelistas, cuentistas y pintores.

Muchos urbanistas autorizados han hecho patente que, desde largo tiempo atrás, las construcciones industriales se han dispersado por toda el área metropolitana sin planes previos, sin haber cumplido anticipados estudios y cálculos sobre la dirección de los vientos en las zonas industrializadas, ya que los espacios residenciales circunvecinos se perjudican con la invasión del humo, los gases, los ruidos y las congestiones del tráfico. Pero el crecimiento urbano, no obstante las faltas de previsión que hubo en un principio, es no sólo constante sino vertiginoso y la ciudad se expande impulsada por el arrollador ritmo del progreso industrial. Con un agudo sentido del Medellín futuro, el nuevo mundo universitario se ha instalado en la periferia urbana con buena respiración, amplitud geográfica y aprovechamiento material y estético del paisaje.

La industrialización del espacio aéreo. — Medellín en la hora presente ha puesto en auge la propiedad horizontal que resuelve innumerables problemas relacionados con las limitaciones del espacio vital en los lugares céntricos de la ciudad, para trabajar, para tener habitación y morada. En la llamada Carta de Atenas promulgada en París en 1943 por un esclarecido grupo de arquitectos modernos, se fijó una notable y sugestiva serie de normas estimadas hoy como la más sabia suma doctrinal del urbanismo estético. Una de esas normas dice enfáticamente: "El urbanismo es una ciencia de tres dimensiones, y no de dos. Es haciendo intervenir el elemento "altura" como se dará solución a las circulaciones modernas y a los esparcimientos, por el aprovechamiento de los espacios libres así creados". En el caso de Medellín, se advierte que la ciudad nueva busca ahora dilatarse hacia el espacio aéreo para no asfixiarse dentro de la vieja urbe sumergida en calles angostas, vías estrechas y congestionadas de tráfico. La arquitectura de tapias del vetusto caserón, o el estilo arquitectónico de edificaciones anacrónicas, reciben ya el castigo de las demoliciones impetuosas que exigen ruinas y escombros para la construcción audaz y técnica, novedosa y porvenirista. Progresar es violar, cantó el sensitivo bardo antioqueño Francisco Jaramillo Medina cuando en el Medellín del siglo XX en alborada, las primeras máquinas de la locomoción ferroviaria turbaron con su estridencia la arcadia patriarcal y tizaron de ollín la limpieza de nuestro cielo. Pero el poeta también se resignaba a la fértil trepidación de la existencia móvil sobre paralelas de acero, y así exclamaba:

"Progresar es violar. Y, sin embargo,
¡bienvenido a mi patria, tú, el amargo
violador del paisaje rumoroso...
Bienvenido a mi patria, tú ladrón
de la joya inefable del reposo,
de la paz de la vida,
y de la doncellez rebelde y santa
de la naturaleza estremecida..."